

FORTALEZAS Y DEBILIDADES DESDE LOS DATOS Duros

KAREN KOVACS STRUMPFNER

Me uno a las felicitaciones, tanto al INEE como a la representación de la OCDE en México, por comenzar este debate con un ánimo correcto, en un tono adecuado, que nos estimula a todos para tratar de saber más sobre estas pruebas y entender mejor cómo podemos utilizarlas. Qué bien que, finalmente, nos estemos midiendo y comparando con otros y con nosotros mismos. Qué indispensable hablar hoy en día sobre nuestras fortalezas y debilidades desde los datos duros. Qué importante es profundizar y explorar, con libertad y en forma independiente, los datos y las hipótesis de una evaluación como el PISA 2003.

Las conclusiones generales de la prueba ya fueron profusamente citadas y explicadas. Sin embargo, creo que las más importantes para los tomadores de decisiones y para los operadores realmente están por venir. En todo caso, por el momento, los brillantes colegas que me precedieron me dejaron sin datos qué explicar ni comentar. De aquí que mi presentación tenga que ser más cualitativa.

Defensa de una tesis contraintuitiva

Quisiera comenzar por afirmar que los resultados del PISA 2003 no sólo son duros, sino que podemos decir que son objetivos, dado el rigor en el diseño y la aplicación de la prueba. Pero quedarnos ahí sería simplista. El PISA nos dice mucho sobre los porqué y los cómo de nuestra realidad educativa. Nos ofrece pistas para decidir qué debemos o qué podemos mejorar, en qué orden y de qué manera.

Karen Kovacs es directora general de Extensión Educativa de la Subsecretaría de Servicios Educativos para el Distrito Federal de la Secretaría de Educación Pública.

El desafío de compararnos con corredores más veloces es, precisamente, aprender de ellos al mirarnos desde nuevos ángulos. Entramos al PISA por eso, no para buscar culpables ni para obsesionarnos con nuestra posición relativa en el *ranking* de los países o para autodenigrarnos por resultados que ya sabíamos –antes de entrar al PISA, el 2000 y el 2000 plus, y ahora el 2003– y que no son los que queremos. Sería entonces absurdo invertir los recursos y esfuerzos que exige la aplicación de esta prueba para quedarnos, como bien lo señala el INEE, en lamentaciones o descalificaciones estériles.

En mis comentarios defenderé la idea de que, a pesar de las malas noticias del PISA 2003, estamos hoy en una situación mejor que cuando recibimos los resultados, muy parecidos, del PISA 2000. Me animo a sostener esta idea, que parece en un primer momento contraintuitiva, porque llevo muchos años –prefiero no decírles cuántos– pensando sobre ésta y otras evaluaciones nacionales e internacionales desde distintas perspectivas. Primero, como investigadora, descubrí qué duro es usar bien las evaluaciones; o sea, encontrar preguntas relevantes que orienten la investigación básica y la aplicada. Después, como funcionaria de la SEP, precisamente a cargo del área internacional, pude percibirme de todo lo que implica para un país participar en evaluaciones internacionales como el PISA. También como funcionaria de la propia OCDE, en el área de educación, entendí de primera mano lo difícil que es no sólo hacer buenas evaluaciones internacionales, sino difundirlas para que le sean útiles a todos los países, los más adelantados y los más atrasados.

Ahora, como encargada de impulsar programas de innovación o de mejora educativa en la Subsecretaría de Servicios Educativos del Distrito Federal, he enfrentado el reto formidable de usar evaluaciones para definir áreas de oportunidad e impulsar mejoras, con la intención de que sean sostenidas, puesto que son las únicas que cuentan realmente.

Les presentaré dos argumentos en favor de mi tesis, donde sostengo que estamos mejor ahora que cuando recibimos la noticia de los resultados del primer PISA.

Primer argumento

¿Mejor?, ¿en qué sentido? se preguntarán ustedes. Porque hoy contamos con mejor y más información para una toma de decisiones que impulse un avance educativo a largo plazo. En otras palabras, estamos en una mejor

posición para remontar una situación de rezago educativo que no es nueva: ¿por qué?, porque la prueba misma mejoró. El PISA 2003 es una versión mejorada de la de 2000: agrega la categoría de solución de problemas a las áreas de matemáticas, lectura y ciencias; profundiza en variables contextuales y actitudinales que le dan mayor sentido a las cifras duras y, en especial, a lo que sucede en la escuela. En suma, es un instrumento perfeccionado para impulsar la mejora educativa, propósito que comparten todos los países participantes, independientemente de la línea base de la que parta cada uno.

Además, somos el único país miembro de la OCDE en el que hicimos una presentación simultánea de los resultados tanto de México, como país, comparado con otras naciones, como de los del interior de la República, tanto por entidad como por modalidad educativa. Esto fue posible porque la muestra de nuestro país, en el PISA 2003, incluyó casi 30 mil alumnos y más de mil escuelas; o sea, que fue casi diez veces mayor que la requerida.

Cabe destacar, asimismo, que esta doble presentación estuvo precedida por una discusión de los resultados de otra prueba nuestra: los estándares nacionales. Como ambas evaluaciones están alineadas, la nacional y la internacional, se enriquecen mutuamente y ofrecen una visión más completa de las deficiencias y los problemas, pero también de algunas fortalezas de nuestro sistema educativo.

Por último, hacer esta presentación, con un caleidoscopio de puntos de vista como el que aquí hemos presentado, abre muchísimas posibilidades de análisis y de reflexión, entre ellas, las que se podrán hacer, por ejemplo, al interior de cada entidad federativa. Esta riqueza de información y las preguntas e hipótesis que de ella se deriven, hará mucho más factible tomar decisiones concretas a la luz de los resultados del PISA 2003, lo que en 2000 todavía era difícil por la generalidad de los resultados.

Segundo argumento

En la actualidad existe un entorno más favorable para discutir y, sobre todo, utilizar los resultados del PISA. Esto se debe a que ha habido un avance importante respecto del desarrollo de una cultura de la evaluación, tanto entre los agentes educativos como entre todos los miembros de la sociedad.

En 2002 no teníamos INEE; hoy lo tenemos y ha comenzado a rendir frutos cuya magnitud todavía no apreciamos. El Instituto ha hecho, y

seguirá haciendo, análisis cada vez más puntuales y relevantes e impulsará a las entidades, los legisladores, los medios, las organizaciones no gubernamentales para que hagan lo propio. Asimismo, el INEE ha impulsado, junto con otras instancias como el Centro Nacional de Evaluación, una mayor y mejor difusión de los resultados del PISA así como de otras evaluaciones nacionales.

En suma, hoy en día existen mucho mejores condiciones para impulsar un debate serio y productivo sobre los resultados del PISA 2003. Esta mesa es solamente el inicio de ese debate e invito a todos los presentes a que lo continúen.

¿Qué es el PISA?

Ahora bien, si tenemos la información y estamos listos para usarla, la pregunta obligada es, ¿cómo lo haremos? Para eso tenemos que saber qué es, qué no es y para qué sirve el PISA.

El PISA es un instrumento de medición internacional creado para comparar el desempeño de estudiantes de 15 años que están en la escuela, con indicadores confiables y continuos; la idea es tener la posibilidad de hacer comparaciones no sólo entre países, sino a través del tiempo. El objetivo del programa es monitorear regularmente los resultados de los sistemas educativos, en términos de las capacidades adquiridas por los jóvenes para insertarse como miembros productivos y plenos de su sociedad.

Asimismo, el PISA es uno de los estudios internacionales más rigurosos, amplios y analíticos que existen para evaluar el desempeño de los estudiantes. Hay un control de calidad estricto en cada paso, desde el diseño de la metodología, las preguntas, la traducción de las pruebas, su aplicación, el procesamiento y la interpretación de la información. De aquí que los datos tengan un alto grado de validez y de confiabilidad.

Todo esto convierte al PISA en una herramienta muy poderosa, aunque perfectible sobre todo en lo que respecta a comparaciones a través del tiempo. Por cambios en la muestra y las preguntas –o quizá debido a algunos errores de medición o de muestreo– todavía no es posible concluir tendencias.

Además, es importante señalar que el PISA tiene un formato amigable, gráfico e ilustrativo que se pregunta qué quiere ver el otro en un documento así. Tiene el gran acierto de estar hecho considerando al usuario. Esto permite comprender más fácilmente los resultados y, lo que es muy

importante, replicar la metodología al interior de los países. Precisamente, es lo que ha hecho el INEE al adaptar los estándares nacionales a este formato. Dicho sea de paso, creo que valdría la pena explorar la posibilidad de usar el PISA para alinear otras evaluaciones como, por ejemplo, el IDANIS, el EXANI-I o el FAE.

¿Qué no es pisa? No es un *ranking* inmutable de países, no ofrece recetas infalibles para la mejora, no es un producto terminado ni estático, proporciona hipótesis sugerentes pero no explicaciones concluyentes sobre el origen de las deficiencias de los sistemas educativos. Como decía al principio, no es un instrumento para flagelarse ni lamentarse.

A pesar de todas sus bondades, la complejidad del PISA lo convierte en un instrumento que no es fácil de entender ni de usar sin hacer un esfuerzo. Utilizarlo, requiere estudiarlo a profundidad –como también ya lo decía Felipe Martínez Rizo– para descubrir todo lo que nos dice, por qué lo dice, qué significa en relación con nuestras propias metas y con los logros de los demás países que pueden tener metas distintas a las nuestras.

Aprovechar el PISA implica analizar la prueba con detalle para adecuar el nivel de análisis a problemas concretos de cada país, en los ámbitos regionales o estatales, que nos permitan definir acciones específicas de mejora.

¿Para qué sirve el PISA?

Lo anterior nos lleva a la pregunta ¿para qué sirve PISA? Como señala el INEE, al proporcionar información sobre los resultados educativos y los contextos en que estos se dan, el programa se propone ayudar a reflexionar a los países participantes sobre sus metas educativas, la definición de sus políticas en función de estas metas, el impulso de acciones para instrumentarlas y evaluarlas. También ofrece datos que pueden ser útiles para que cada país fije sus estándares educativos o pautas mínimas de logro, por nivel o por modalidad, así como para entender y modificar las causas por las que no se alcanzan estos estándares.

Por lo tanto, hay que usar al PISA como lo que es, un instrumento complejo y potente que nos permite hacer muchas cosas: fijar o repensar metas, afinar prioridades, enfocar acciones, sopesar caminos para lograr una mejora, acelerarla, monitorearla o evaluarla. Pero tal vez lo más importante es que nos sirve para identificar problemas, en un primer momento, desde la óptica nacional; es decir, no sólo gremial o de las autoridades educativas, sino de los maestros, los investigadores, los medios de comu-

nición, los congresistas o los particulares. Esto hace posible, a su vez, que podamos utilizar los medios de los que disponemos –financieros y humanos– en aras de un fin común útil y necesario para el país.

Por otra parte, el PISA nos ayuda a alejarnos de la excesiva concentración que hemos tenido en los “insumos al sistema”. Preparamos profesores, alumnos y calendarios; creamos o modificamos planes y programas de estudio; repartimos libros de texto y computadoras, muchas veces sin evaluar impactos. Más recientemente, nos hemos centrado en los “resultados o desempeños”. Reprobamos a los alumnos menos favorecidos o los dejamos fuera, ejercicio *a posteriori* que realizamos una vez consumado el daño sin habernos dado oportunidad de aclarar nuestras metas, ni de darle seguimiento puntual a nuestros resultados. En contraste, el PISA nos permite centrarnos en el “monitoreo de procesos”; o sea, en medir el logro en términos del que debe ser nuestro objetivo central: el aprendizaje de todos los niños y jóvenes mexicanos.

En suma, se trata de utilizar al PISA para entender tanto el tipo como el grado de deficiencias que tenemos e intentar hacer una evaluación, por decirlo de alguna manera, en tiempo real, que nos permita autocorregirnos para irnos acercando a nuestras metas en función del desempeño académico de nuestros alumnos.

El Distrito Federal visto a través del PISA

El PISA 2003 evidencia que, como país, tenemos muchos estudiantes con niveles de competencia insuficiente, comparados con la media de la OCDE, y pocos con competencia elevada. Más aún, si bien México contrasta con el resto de los participantes en el PISA, por el bajo desempeño de sus estudiantes, al interior del país todos los estados son muy parecidos, menos los tres mejores y los dos peores. En opinión de la OCDE esto pudiera interpretarse como una fortaleza; posiblemente desde el ángulo de la equidad lo sea pero, desde el ángulo de la calidad, tal vez no lo sea tanto.

Por otro lado, el PISA 2003 nos permite constatar que los jóvenes en el Distrito Federal, junto con los de Aguascalientes y Colima, tienen un desempeño que rebasa la media nacional, aun cuando este resultado se deba a distintas razones en cada caso.

Me gustaría enfocar por un momento al Distrito Federal, por obvias razones. Se trata de la entidad con mayor índice de desarrollo humano, con un perfil demográfico que representa el futuro de este país –los grupos

de edad entre los 3 y los 15 años están, y continuarán, disminuyendo— con un ambiente cultural rico y diverso. El Distrito Federal cuenta, asimismo, con el segundo sistema educativo más grande del país: en términos de matrícula está después del Estado de México.

Podríamos decir, por tanto, que es una entidad bien dotada, cuya oportunidad de mejora en términos de calidad tiene que considerar variables de contexto como son, por ejemplo, la violencia intrafamiliar y en los entornos escolares, los niveles crecientes de drogadicción entre los adolescentes y la desintegración social que se da en muchas colonias de la ciudad. Así, cada entidad podrá analizar, como en el caso del Distrito Federal, los resultados del PISA en función de sus propias fortalezas y debilidades y diseñar sus propias políticas de mejora.

¿Y la mejora?

La comparación entre el PISA 2000 y 2003 no sólo refleja un descenso significativo en el desempeño de nuestros jóvenes, sino que este último está cargado hacia el lado de los alumnos de menor desempeño. En otras palabras, los mejores estudiantes permanecieron igual. Existe, además, otro agravante: mientras México e Islandia tienen cambios negativos, los demás países permanecieron igual o mejoraron. Sin embargo, importa señalar que mejorar la media para un país no implica mejorar su posición en el *ranking*. Una revisión rápida de los resultados del PISA 2003 indica, por ejemplo, que en matemáticas sólo cinco naciones del total mejoraron, mientras que once mejoraron ya sea la media y/o el desempeño de algún grupo de estudiantes: los mejores, los medianos o los menos buenos.

Por tanto, el último punto que me gustaría comentar es qué nos dicen estos datos sobre la posibilidad y la naturaleza de la mejora, así como sobre las opciones para lograrla. En primer lugar, que es difícil hacer cambios a corto plazo, sobre todo si la línea base de la que se parte, como es nuestro caso, es muy baja; no hay milagros en educación, eso todos lo sabemos. Para mejorar requerimos hacer un doble esfuerzo. Poniendo un símil, sería como tratar de romper un récord nacional y, a la vez, alcanzar a los que nos llevan una gran ventaja.

En segundo lugar, que la mejora requiere de un esfuerzo sostenido y enfocado que debe monitorearse continuamente en distintos niveles: los alumnos, los profesores, los directivos, la escuela, el municipio, la entidad, la región. Pero este seguimiento presupone la definición de un nú-

cleo de políticas clave, priorizadas y de largo plazo, que nos permitan obtener un avance real y medible en nuestros resultados educativos. La confirmación en 2003, de los resultados de 2000, reitera la llamada de atención sobre la urgencia de poner manos a la obra.

Respecto de la naturaleza de la mejora, el PISA demuestra que mientras en las economías más avanzadas pesa más la escuela, en países como México esta relación se invierte. De aquí que el impacto potencial de una mejora en la escuela sea mayor en estos últimos. Esto quiere decir que los esfuerzos y los recursos que invertimos en esta tarea nos rendirán más frutos que a otros países. Si bien es cierto que aún nos queda un arduo camino, tenemos el incentivo de que una mejor escuela puede hacer una diferencia importante.

En este mismo punto, el PISA nos permite comprobar que la calidad y la equidad no son excluyentes. Podemos concluir, por tanto, que debemos continuar avanzando con un pie en la equidad y con otro en la calidad; la primera, referida a cuestiones como acceso y retención de estudiantes y la segunda, a aspectos relacionados con la pedagogía y la organización de la escuela. La meta debe ser reducir brechas entre entidades y modalidades en términos de calidad y equidad y, a la vez, obtener mejores desempeños entre escuelas y estudiantes.

Esto implica hacer realidad dos premisas: primera, que la escuela debe ser el centro del sistema; más que una instancia selectiva debe ser una instancia incluyente y formativa; segunda, que todos y cada uno de nosotros debemos hacer nuestra parte, pues los resultados educativos que reporta el PISA se derivan de la interacción entre la escuela y su entorno. Maestros y autoridades debemos ser eficaces y eficientes, las familias tenemos que apoyar el aprendizaje de nuestros hijos, los académicos debemos hacer estudios relevantes y serios para aprovechar los insumos del PISA, para que los medios puedan impulsar un debate productivo y los legisladores puedan asignar los recursos necesarios para planear, instrumentar y monitorear las políticas educativas.

Finalmente, respecto de las alternativas para lograr la mejora educativa, el PISA nos ofrece, por primera vez, una gran riqueza de pistas “cualitativas” a explorar (los invito a analizarlas con detalle, ver volúmenes 3, 4 y 5) y que se relacionan, por ejemplo, con el papel que tienen en el desempeño de los estudiantes: las actitudes, la motivación, su autoconcepto, sus estrategias de estudio, el grado de ansiedad que les causa el estudio de

alguna materia, las diferencias de desempeño que existen al interior de escuelas, en especial, las relacionadas con el origen socioeconómico de sus alumnos, la relación entre clima escolar, prácticas y recursos de las escuelas y el desempeño de los estudiantes.

Importa subrayar, sin embargo, que más allá de mejorar la calidad de nuestra secundaria, tanto el PISA como nuestras propias evaluaciones nos sugieren que tenemos que hacer una revisión seria del sentido, la pertinencia y la eficiencia de la oferta educativa que tenemos para el rango de edad de 12 a 18 años. Algunas de las cuestiones que tenemos que plantearnos, en este sentido es, por ejemplo, si sería útil tener estándares de logro mínimo, más claros y explícitos; si debemos enfocarnos en mejorar el desempeño de los mejores estudiantes o de los más débiles; cómo podemos mejorar los mecanismos de seguimiento o cómo podemos retener a más alumnos de 15 años en la escuela.

Hay dos ejemplos de reacciones de países de la OCDE frente a los resultados del PISA –Alemania y Dinamarca– que tal vez pudiéramos emular. Alemania, por ejemplo, realizó un informe en el que definió tres grandes propósitos, a partir de sus resultados en el PISA, que fueron crear una cultura de logros, impulsar un sistema más integrado o menos diferenciado y otorgar más autonomía a la escuela pero monitoreando sus resultados. Dinamarca, por otra parte, comisionó a la OCDE para que realizara un estudio comparativo con países y regiones con los que le interesaba compararse con más profundidad. El estudio contiene 35 recomendaciones que se dividen en tres áreas: estándares y evaluaciones de estudiantes y escuelas, perfiles y competencias de directivos, y desarrollo profesional de maestros.

Tanto el caso alemán como el danés ejemplifican caminos posibles para comenzar a caminar hacia una mejora significativa en nuestro sistema educativo. Espero haberlos convencido de que estamos preparados para emprender el viaje y los invito a que zarpemos ¡hoy mismo!